



FEDERICO SCHILLER.

La Sonata.—El concierto.—Fantasías y caprichos.

Contemplando la *sonata* núm. 37 de Beethoven que pocas noches antes había tocado el excelente pianista Oscar de la Cinna en el salón del Teatro Real, y puesta la mano sobre un hermoso ejemplar de los que escribió Domenico Scarlatti para su angusta discípula la reina Bárbara, esposa de D. Fernando VI, me afligía la desconsoladora idea de que el *gusto* en materia de música, varía por lo menos cada veinte años. Hablo del gusto de la generalidad, pues para los que rinden verdadero culto á Euterpe, lo bello siempre es digno de su admiración, ya se presente bajo esta ó aquella forma.

Pasó el tiempo en que la *sonata* brillaba con todo su esplendor. Nuestros abuelos la rindieron verdadero culto, y puede decirse que el siglo XVIII fué esclavo de la sonata. El célebre Fontenelle quiso en un momento de mal humor protestar contra el ídolo y exclamó: *¿Sonate que me voux tu?*

Esta original exclamación del autor de la *Plurarité des mondes*, tan celebrada entonces como repetida posteriormente, ha sido parodiada por Mr. Fétis. El sábio director del Conservatorio de música de Bruselas ha dicho á su vez: *¿Sonate, on es-tu?*... Efectivamente, la sonata murió á *sotto voce*, sin ceremonial ni oración fúnebre.

¿Qué cosa era la sonata? preguntará quizá algún curioso lector. La sonata, cuyo nombre deriva seguramente del verbo italiano *suonare*, era y es, á pesar de que poquitas ó ninguna son las que se componen actualmente, una sinfonía en miniatura, pieza clásica bajo todos conceptos, algo pedagógica por su severidad y difícilísima en general, particularmente aquellas que están escritas para un solo instrumento.

Las sonatas para piano suelen tener un acompañamiento de violonchelo ó viola; también las hay para piano y violín, y casi todas se dividen en dos ó tres partes: un *alegro*, un *andante* y un *rondó ó presto*. Entre las tan celebradas de Sebastian Bach, se ven algunas de cuatro y hasta cinco partes. Carlos Mannel Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Clementi, Cramer y Humel han dejado magníficas sonatas para piano, y Corelli, Tartini, Locatelli, Viotti, Playel, Kreutzer y Baillot han escrito preciosísimas para violín. Con el mismo título, Francischelo y Duport compusieron obras apreciables para violonchelo, y hasta Krumpholtz ha hecho lo mismo para el arpa.

La sonata, para ser tocada con primor requiere correctísima ejecución, y un estilo particular que no poseen todos los instrumentistas del día, porque esta clase de música no admite ninguno de esos adornos, saltos y carreras con que consiguen deslumbrar muchas de las celebridades contemporáneas. En España, apenas queda ya rastro de la sonata, mientras que en algunas capitales del extranjero todavía puede pasar muy buenos ratos el aficionado á la música clásica, oyéndola tocar á ciertas especialidades. El difunto Baillot, á quien Francia debe en parte la falange de violinistas de su brillante escuela, sabía traducir maravillosamente los bellos conceptos de Tartini y otros grandes maestros. El mismo Listz, tan incorrecto y extravagante, mientras se propone deslumbrar al vulgo con su ejecución *prestidigitadora*, sabe sin embargo tocar cuando quiere, de una manera admirable las sonatas de Beethoven.

Pero si la sonata ha muerto, ha resucitado en parte con el *concierto* (1) ó concierto, como decimos los españoles. Este se compone

(1) Palabra italiana que debe pronunciarse como si dijera *concherto*.
15 DE JULIO DE 1835.

como aquella de un *adagio*, un *alegro* y un *rondó* final, y ha llegado á adquirir tales proporciones que así como la sonata es una sinfonía en miniatura, el *concerto* se remonta á veces á la altura de la sinfonía clásica. En el día no hay entre los instrumentistas celebridad artística digna de ese nombre que no haya compuesto su *concerto*; pero esta clase de obras suelen tener poca aceptación entre los aficionados de los salones, y para ser debidamente apreciadas requieren un auditorio *ad hoc*, porque es música demasiado *seria* y las mas veces ininteligible para la generalidad de las gentes. Reservado, pues, el *concerto* para ciertas reuniones especiales, y poco menos que olvidada la sonata, gozan mas popularidad otras composiciones adoptadas por la mayor parte de los aficionados y apadrinadas por los compositores que las han propagado. A las formas severas de la *sonata* y del *concerto* han sucedido las no tan meditadas *fantasías*, *caprichos* y *motivos variados*. Mas, en qué se parecen la mayor parte de las *fantasías* modernas á lo que con el mismo nombre se conocía anteriormente? En nada.

Los grandes compositores como Bach y Mozart prodigaron en sus fantasías, pensamientos originales y un profundo saber. Allí se ven modulaciones atrevidas, combinaciones armónicas en las que la maestría del compositor aparece sin pedantismo, pasajes en fin, donde el ingenio brota á placer. La fantasía moderna se reduce á un tema de ópera ó de baile variado y arreglado siguiendo el autor una pauta que, con raras excepciones, varía muy pocas veces. El plan es siempre el mismo; lo que mas interesa en la tal fantasía suele ser el tema que los motiva.

Las fantasías de Steibelt para piano han gozado con justa razon de gran reputación, é inauguraron el camino que tantos compositores han seguido posteriormente. La que escribió sobre motivos de la *flauta encantada* de Mozart, fué muy celebrada á su aparición. Los que ahora aprenden á tocar el piano, apenas si la conocen, ni aun de nombre.

E. V. DE M.

LA LUNA DE ENERO.

I.

Allá en el invierno de 1836, residía yo en una ciudad de provincia, cuyo nombre no tendria inconveniente en declarar si al lector pudiera interesarle. Un día... mártir por cierto, que á su fatal influjo atribuyo en parte mi desdicha, tuve la de haber recibido por el correo de Madrid media docena de dramas del género fulminante, traducidos unos del francés y copiados otros con infalibilidad de originales. A cosa de las cuatro de la tarde me senté á leerlos son ansia devoradora, si lectura puede llamarse el engullir páginas y páginas sin la debida misticación intelectual.

Tan embelesado estaba con las maldiciones, parricidios, incestos, adulterios y otros juguetillos románticos, que ni aun vi la mano bien-hechora que al anochecer dejó un velon en mi bufete; por manera que hasta el momento de dejar un drama concluido para coger otro nuevo, única tregua concedida á la lectura, no supe que á la luz del sol habia sucedido la luz artificial, accidente para mi sorprendente y misterioso. Mi rostro estaba encendido como una hoguera, hecha un ascua mi cabeza; las letras pasaban confusamente delante de mis ojos, cual procesion de fantasmas ó disciplinantes encapuzados... Iba á desfallecer, pero á despecho de mi cansada y turbia vista quise apurar las heces del último drama. Faltábanme ya muy pocos crímenes que saborear: acercábame al postrero, al indispensable suicidio del protagonista. ¿Era justo dejarlo bueno y sano, gordo y...? gordo no, que todos los héroes románticos tienen que ser encanijados y endenques; pero gordo ó flaco ¿era justo dejarle con vida al que habia envenenado á todos, desde la dama al apuntador inclusive? No, acercábase la hora de la expiación; relamiame los labios con las dulces imprecaciones finales; cuando ¡qué horror! el velon relumbró con luz mas viva en que agotó sus fuerzas, y murió, ¡murió tambien dejando impune al asesinato!

Como es de suponer, sin luz mi habitacion quedó sumergida en tinieblas, y es lástima que el lector no la haya observado á su debido tiempo. Era la habitacion de un poeta: bajo una capa de polvo bastante espesa, un anticuario que quisiera hacer excavaciones, habria descubierto infaliblemente algunos muebles y muchos libros y manuscritos ininteligibles.

Allá por lo profundo, en el silencio sepulcral de la noche, percibíase un ruido sordo y monótono: produciolo el diente roedor de los ratones que dominados de mi misma afición, se cebaban tranquilamente en románticos fragmentos. Es de advertir que estábamos en enero y que

mi gato andaba aquellos días, ó mas bien aquellas noches, hecho un galán calderoniano. El débil reflejo de la luna que daba de lleno en la pared de enfrente, penetraba apenas por los escarchados vidrios de mi ventana. ¡La luna! ¿Qué romántico no consagra algunas horas de silenciosa conversacion á la cándida virgen de la noche? ¿Quién siente el intenso frío de enero, si la diosa de los amantes desgraciados le dirigen sus lánguidas miradas? De pechos en la ventana hallaba consuelo mi agitado espíritu en los tranquilos rayos lunares, y solaz en la fresca mi ardorosa frente.

Descollaba ante mis ojos un negro y gigantesco edificio coronado de magníficas torres y góticas agujas, las cuales suavemente iluminadas por la luna velada de transparentes nubecillas, producian sombras fantásticas y caprichosas: haciale parecer fundado sobre el abismo la obscuridad de la angosta calle que ocultaba todo el primer cuerpo, y completaban tan siniestro cuadro las lechuzas que revolando por los capiteles daban al aire su desapacible y fatídico graznido. Estaba hermosa la catedral con sus fúnebres atavios, sublime con su negra melancolía.

¡Qué impresion me hizo aquel espectáculo! ¡qué recuerdos me excitó! Yo lo contemplaba absorto, enagenado. Flotaban en mi memoria los héroes novelescos con el séquito correspondiente de puñales y venenos: con ellos sus venganzas, con ellos sus adúlteros amores, los bardos que los contaban y en laud tristemente olvidados sobre la roca.

Engolfado en tan dulces ilusiones, no habia reparado en que la luna, sin dársele un ardite por todas ellas, besaba ya los bordes de su tumba: las torres proyectaban sobre el tejado de la iglesia sombras mas prolongadas, y dos fuertes campanadas poblaron el ámbito, haciendo estremecer el viento con retumbantes vibraciones: enmudeció luego toda la naturaleza; todo quedó en reposo; el tiempo mismo parecia haberse echado á dormir. Así juzgaba yo pobre de mí, que ignoraba que no hay cabezal bastante blando ni narcótico asaz fuerte para las pasiones frenéticas que, enseñoreándose del corazon humano, traban con la razon un combate sin tregua ni reposo! ¡Ay! estaba escrito que aquella noche presenciase yo un acontecimiento para que no olvidara nunca tan recóndita verdad.

En el tejado de la catedral aparecieron dos negros bultos que lenta y cautelosamente se encaminaban á cobijarse bajo la sombra del cimborrio. Confieso mi pecado: no pude reprimir un movimiento de sorpresa y curiosidad, un grito de alegría. Iba sin duda á presenciarse una aventura novelesca: no eran aquellas las ilusiones de mis dramas, los rastros de luz de aquellos cometas fatídicos; era la realidad, la naturaleza pura, la verdad. Sentía el ruido de las tejas, veía agitarse dos negros bultos en incierto giro, y si tal vez echaba de ménos el lente para distinguirlos con claridad, cómo los abandonaba, cómo los perdía de vista un solo instante para buscarlo, cuando ni siquiera me atrevia á respirar?

Las dos personas en tanto ibanse acercando á la cúpula protectora, y confundidas con sus propias sombras y las curvas de las canales; tomaban formas caprichosas que llegaron á confundirme cierto respeto. El sitio, la hora, una dosis suficiente de miedo que debo ingenuamente confesar, dábanles cierto barniz sobre natural y misterioso. De repente me estremecí al sentir en *lontananza* un grito horrible lanzado por otro tercer personaje que apareció en la escena. No era humano precisamente aquel berrido espantoso; era el eco de la venganza; tenia algo del rugido de la tigre que vaga por el desierto buscando sus perdidos cachorros. Los bultos primeros se escondieron apresuradamente, y en la oscuridad centellaban sus ojos como una luz fosfórica, como un fuego fátuo sobre las tumbas de un pueblo entero. Aquella mirada terrible, aquellos ojos ardientes, aquella luz siniestra, luminaron de repente mi memoria, encendieron mi fantasía, y no fué necesario mas para que yo supiese á qué atenerme respecto de los personajes del drama atroz que iba á representarse para un solo espectador en el magnífico teatro de los tejados de la catedral.

II.

Algunos años antes de estos acontecimientos, habia nacido un niño á quien pusieron por nombre Esquilon, por ser hijo del campanero de la catedral que murió satisfecho dejándolo en posesion de su oficio. Su morada era el campanario: si alguna vez salía él nunca de las cercanas galerías y claustros del anchuroso templo. Victor Hugo habra tenido noticia de él sin duda para crear á Quasimodo, ó tal vez yo habia tenido noticia de Quasimodo antes de reparar en Esquilon: no estoy en lo cierto; el lector resolverá la cuestion: ello es que entre los dos se observan grandes puntos de semejanza. Su aspecto era ceñudo, su condicion adusta y desabrida. Pero bajo tan broncas apariencias abrigaba un sentimiento blando y cariñoso que la ternura sabe buscarse, hospedarse en erizos con figura humana. Una gatita linda y relamida era su Esmeralda, el sér privilegiado que lograba deslumbrar su faz sombría, el único partícipe de los gorrones y ven-

cejos que cazaba el diestro campanero, enemigo mas terrible que conocieron jamás los chillones pajaritos.

Un día solemne, despues del toque de vísperas, desde el baluarte de la torre que caía perpendicular sobre el pórtico del templo, contemplaba Esquilon atentamente los mendigos que piden limosna. Entre ellos había una joven fresca y rolliza que alargaba tambien su linda mano á los devotos que entraban á la iglesia. Jamás los melancólicos é indiferentes ojos del campanero se habían fijado por tanto tiempo sobre un objeto. Desaparece súbitamente de allí, y al poco rato viósele con asombro traspasar por primera vez el dintel de la puerta y arrebatar en sus brazos á la joven penoicaute, subióla á su habitación, la dejó sentada, y se apartó con respeto mirándola con ojos abrasadores. Ella estaba trémula y sin volver en sí del natural asombro y primer sobrecojimiento.

—¿Eres moza? ¿Quieres casarte? le dijo por fin el raptor con voz agitada y balbucientes labios, procurando suavizar su acento habitualmente bronco como aquel cuyo tímpano está endurecido con sonidos fuertes. Si Esquilon hubiese conocido al mundo mas cerca que de las torres de la catedral, escusaría en todo tiempo preguntas indiscretas que habrían embarazado á la misma verdad, si la verdad fuere mujer soltera. Lo cierto es que las respuestas de Rosa, que así se llamaba la doncella, de tal modo trastornaron el juicio del apasionado Esquilon, que cogiendo segunda vez á la hermosa en sus robustos brazos, sube como un relámpago al campanario, y... jamás, jamás los vecinos de aquel pueblo oímos un repique mas estrepitoso, mas prolongado, y sobre todo mas estemporáneo. A poco tiempo fueron esposos Esquilon y Rosa.

A pesar del corto conocimiento del mundo que ántes achacábamos al campanero, no dejaba este de sospechar que su esposa era demasiado linda para que en su primitiva vida abandonada hubiese caído de apasionados. En efecto, prescindiendo de los elegantes que cuando iban á oír la magnífica orquesta de la capilla, tan caritativa, desinteresada, y abundantemente la socorrian, un flamencote sano y colorado, de su misma profesion, penaba por la doncella en la época de la terrible interpelacion del campanero. Llamábanle el Cojo, por tener una pierna que daba compasion cuando la exponia al público; pero que mas bien hecha y torneada no se presenta en la academia de San Fernando, si la quitaba ciertos trapos, cuando la noche tendía su manto encubridor. Esquilon amaba á su esposa con delirio, y tenía que ser celoso; pero demasiado bueno, como tantos otros, y poco instruido además en las arterias de los hombres, quedaba satisfecho con ponerse detrás de su mujer cuando oía misa desde las afiligranadas galerías del templo, observando el movimiento de sus ojos. Estos se fijaron un día en un sacristán que tocaba la campanilla en los oficios divinos, y la astuta Rosa procuró reprimir su estremecimiento de gozo, al conocer bajo el roquete y la ropilla al nunca olvidado Cojo, su antiguo amante.

Referir los medios de que se valió el mendigo para tan singular metamorfosis, lo que inventó para quedarse escondido tras del portal del altar mayor, la destreza con que á la noche trepaba, lleno de telarañas por las entalladuras y cornisas de las capillas y naves arribando por término de su viaje al tejado mas oculto, acechando á Rosa, y aguardando la ocasion de hablarla y echarla en cara su infidelidad, fuera tarea para mí tan grata, como al lector molesta: baste asegurar que las temerarias travesuras del Cojo fueron observadas por algunos vecinos, y aunque sacó tan solo algunas horas menos de sueño y algunos resfriados de mas, porque la esposa del campanero por imposibilidad ó por virtud, no había abandonado un instante siquiera el sagrado tálamo, no fué menester mas para que las gentes diesen en mostrarse maravilladas de que Esquilon fuese creciendo á palmos aquellos días: que no le basta á la mujer ser virtuosa para ser honrada, es preciso que no sea ligera, sobre todo cuando no puede disculpársela por inocente.

III.

Con estos antecedentes conjeturé que Rosa al fin y al cabo había sido débil, acudiendo al engañoso reclamo del amante, y que el terrible marido acababa de cogerla in fraganti.

Los bultos agrupados á la sombra, ó sean el sacristán y Rosa, pues no me cabía duda de que ellos fuesen, apenas osaban respirar, ni pestañear siquiera para no ser sentidos: era tarde: Esquilon se acercaba lentamente en sus rugidos de tigre con sus terribles ojos de gato montés. En sus miradas leía yo el feroz intento de venganza: en su paso mesurado la irrevocable y fría resolución de llevarla á cabo. Cerca estaba Esquilon de los criminales, que seguros de haber sido descubiertos, por un instinto de propia conservación, se levantaron unánimes para huir; pero él se arroja al encuentro de los fugitivos, lanza un grito furioso, y cada una de sus crispadas manos apretaba luego con desesperacion á cada uno de los desdichados amantes. No pronunciaban,

no percibi al ménos una palabra. Helósele la sangre en las venas viéndoles casi al borde de la cornisa suspendida sobre un abismo. En vano desde mi ventana les llamaba con súplicas, con amenazas; el miserable sacristán impulsado por el brazo de hierro del ofendido esposo, atravesó el aire con fragor, y el estruendó de un cuerpo estrellado contra las baldosas resonó en el fondo de la lóbrega calle. Quedé mudo de horror.

Yo imaginé que la venganza del bárbaro campanero estaría satisfecha: que los lloros de la esposa ablandarian un corazón que hasta entonces idolatraba en ella; mas no fué así: aborrecíala tanto como la había amado. Continuaba la lucha sacrilega entre los esposos: lucha terrible en que las esperanzas del uno solo se cifraban en la muerte del otro. Peleaban con encarnizamiento inaudito, con desesperacion; pero el combate no podía ser muy largo... ¡las fuerzas eran desiguales! ¡Ay! la pobre Rosa, agarrada con ambas manos al extremo del alero, colgada á plomo sobre el cuerpo exánime del infeliz amante, esforzándose por trepar al tejado, parecía una de esas matas secas agitadas por el viento que pendían del antiguo edificio. Esquilon inmóvil, un poco apartado contemplaba con repugnante serenidad su agonía; escuchaba con frialdad los penetrantes chillidos de la víctima; pero al fin compadecido de sus gritos y lamentos acudió á su socorro, y ella asiéndose á una de las piernas del campanero, sacudióse con violencia, y los dos esposos con algunas tejas fueron á parar al abismo. En aquel drama si que ni un solo actor se había salvado: en poco estuvo que el público, es decir, yo, no apelase tambien al noble recurso de los protagonistas.

IV.

Alarmada con mis gritos la gente de casa, subió á mi habitación y me encontró anegado en sudor de muerte, pálido y con el cabello erizado. Pude con entrecortadas razones indicarle algo de la catástrofe horrorosa que acababa de presenciar, y bajamos á la calle con luces por ver si milagrosamente alguno de los infelices víctimas conservaba aun el aliento. Que sus almas no pudiesen ya que los cuerpos no podían salvarse. Un criado salió á toda prisa á llamar al alcalde, otro al cura y al cirujano, y los demás temblando, despavoridos nos acercamos á tres bultos que divisamos bajo las tejas que faltaban del alero, y... ¡Oh sorpresa! ¡oh vergüenza! Eran tres enormes gatos que yacían derrengados: el gigante de mi casa, que dejando holgar á los ratones, se iba á picos pardos é hizo el papel de campanero; uno negro rabon y sin orejas, que desempeñó perfectamente el de sacristán, y la malhadada gatita de Esquilon á quien ambos cortejaban.

Encerréme en casa y en mucho tiempo no salí temiendo la rechifla de los muchachos del pueblo en el cual llegó á cundir la noticia de mis gritos, y la venida del cura, del alcalde y cirujano á presenciar la muerte de los tres gatos mas hermosos de la vecindad.

Mas no pasé ocioso los días de encierro. Espurgué mi librería de tantas novelas, cuentos y dramas espeluznadores que habían exaltado mi imaginacion y extraviado mi buen juicio, y á los cuales atribuí mas que á la incierta claridad de la luna, mas que á mi cortedad de vista y á la falta del lente, la gran parte que tuvieron en tan ridículo suceso.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

Todo el mundo sabe que un abrazo fraternal dió fin á la guerra civil en setiembre de 1850, dando á la vez nombre y fama á los campos de Vergara.

El duque de la Victoria mandando un ejército aguerrido, victorioso y constitucional á fuerza de torrentes de sangre, se presentó poco despues delante de Morella.

Allí estaba Cabrera que no teniendo por conveniente fraternizar, tomó las de *Villa-Diego*, atravesó la frontera, y se refugió en Francia. El ejército de la reina fué demasiado generoso con el guerrillero del Maestrazgo, ó el general carlista se burló por última vez de los soldados victoriosos de la Constitucion. De cualquier modo que fuese, este suceso dió al general Espartero el nuevo título de duque de la Victoria y de Morella.

Poco despues, es decir, en setiembre de 1840, se verificó aquella gran parada, aquella revolucion militar, que se llamó pronunciamiento, y que dió por resultados inmediatos un destierro y una regencia.

La guerra estaba concluida, y el general en jefe era regente del reino.

La ambicion del general comenzaba á estar satisfecha. Ídolo del ejército, adorado por la milicia nacional, envidiado y temido de los ambiciosos y de los intrigantes, respetado y querido de la muchedum

bre, se declaraba regente del reino, y se hacia llamar Alteza en nombre de su popularidad, de su fortuna y de su gloria.

Y este hombre, mas militar que politico, menos ambicioso que afortunado, mas bueno que grande, tuvo en su mano, como nadie, el destino de su patria y el porvenir de su partido.

La historia es el tribunal que juzgará á su tiempo al general Espartaco; él lo pudo todo, y la historia que lo absolverá de lo que hizo, no podrá perdonarle lo que dejó de hacer.

Asegurada la paz se empezaron á licenciar las tropas cumplidas, y los soldados de Bilbao, de Barbastro, de Pardillas, de Hernani y de Cantavieja volvieron á sus hogares nativos, donde habian perdido ya la esperanza de volverlos á ver.

Y aqui empieza esta verdadera historia.

Juan Perez habia hecho la campaña en Navarra, y despues de siete años de hambre, de sed, de desnudez y de frio, con algunas heridas por añadidura, recibió su licencia absoluta en Valencia. Habia servido de simple soldado. Era en octubre de 1840.

Cuando Juan Perez se vió en libertad de dirigir sus pasos adonde mas tuviera por conveniente, no pudo menos de reflexionar seriamente acerca del partido que debia de tomar; y el asunto era grave, porque su vida de campaña y sus costumbres militares le habian hecho olvidar la pacífica quietud de su aldea, y los años de su infancia, y su madre, única familia que habia conocido en el mundo, murió dos años despues de haber partido él para la guerra. ¿A qué volver á un sitio donde no encontraría á su madre, donde no podría vivir? Porque Juan Perez era un valiente soldado, y nada mas. Reflexionó, pues, pesó las ventajas y los inconvenientes de su posicion, y dándose una palmada en la frente, encontró la resolucion del problema. Habia decidido tomar plaza de nuevo, volver al servicio, *engancharse*.

A Juan Perez le gustaba la guerra; nada era tan seductor para él como el aguardiente del campamento; el pan del cuartel le parecia insipido; pero el cuartel era al fin una casa, el uniforme un vestido, y el ser soldado un modo de vivir, y Juan Perez no tenia otra casa, ni otro vestido, ni otro modo de vivir.

Estaba decidido y, lo que es mas, satisfecho, orgulloso de haber encontrado la manera de salir del apuro, como él decia, habia dado en el *quid*.

Pero en el momento en que se encontraba mas contento de si mismo, le dió un vuelco la sangre, sintió un golpe en el corazon, un peso en la cabeza que le hizo arrugar las cejas tan sombríamente como cuando disparaba su fusil español, y rascándose maquinalmente detrás de la oreja izquierda, se le escapó un juramento, y pronunció el nombre de una mujer.

Como si estuviera cansado, se sentó sobre el borde de la cama, único mueble que le ofrecia el estrecho recinto de su alojamiento, y entabló consigo mismo un diálogo, una discusion acalorada; porque Juan Perez no queria renunciar á su feliz idea, y el mismo Juan Perez se sentia tentado de renunciar á ella; porque era el caso que habia tenido un recuerdo, y habia sentido no sé qué impulso secreto que le hacia caer en sus primeras vacilaciones, y se decia á si mismo:

—Juan, tú no tienes á nadie allí, y no debes ir.

Y se replicaba á si mismo:

—Juan, ¿quién sabe su suerte?... Tú debes ir.

—Si viviera mi madre... si Cecilia se acordara de mí... ¡Pobre Cecilia!... yo tambien la he tenido olvidada... ¿y qué demonios habia de hacer? Maldita sea la ordenanza, y el furriel... y el sargento primero, y el fusil que todo lo hace olvidar... ¡Ah! yo me vengaré... yo me desquitaré, juro á todos los santos del cielo no morder mas cartuchos; aborrezco la diana y la retreta, y todos los toques de guerrilla... ¿Pero á donde voy? ¿á qué voy? yo no tengo madre, ni hermanas, ni hermanos... ¿qué diablos he de hacer en mi aldea? No, no; me vuelvo al regimiento: así como así, yo no tengo mas familia que mi regimiento... ¡Cuánto lloró Cecilia!... ¡y qué! si te vi no me acuerdo. Este es el mundo;

El que bebe se emborracha,
El que no jura reniega,
¡Ay! al que se va lo olvidan,
Y al que se muere lo entierran.

—Pero vamos á cuentas; para todo hay lugar en este mundo, el sargento Pelao lo decia, y siempre llegaba tarde: aqui del sargento Pelao...

Tan abismado se quedó en sus reflexiones, que no sintió abrir la puerta de su alojamiento, ni vió entrar al cabo Suarez que venia á ehar con él la última copa de aguardiente, y no lo hubiera sentido á no dejar caer el cabo su mano áspera sobre la ancha espalda del licenciado.

—¿En qué diablo piensas?

—Pensaba en el sargento Pelao.

—¿Ese Caifás te ha hecho alguna de las suyas?

—No.

—Tú tienes ya la absoluta, y podemos hablar con confianza. ¿A que te ha hecho las cuentas del gran Capitan? Así engorda ese tuno, á quien pude yo atravesar en el sitio de Irun, si no hubiera sido por tí. Desengáñate, Juan, el sargento Pelao será mi perdición: á la primera que me haga, me fusilaré.

—No le tengas *tirria*, los hombres son como son, y abur del alma.

—Como tú sales de su dominio me aconsejas así, pero mal rayo me abraze si se va al otro mundo sin un pase mío.

—¿Quieres darme un consejo?

—Sí.

—He pensado engancharme.

—Ahócate primero, Juan.

—Es que yo no tengo madre.

—¿Ni hermanos?

—Ni hermanos... soy solo en el mundo.

—Ese ya es otro cantar.

—Aconsejame.

—Juan, esta vida es muy *perra*.

—Dime qué hago, y dime pronto, porque hace una hora que me parece que estoy en el infierno.

—Pues bien, no te enganches.

—¿Y á donde voy?

—A tu casa.

—Yo no tengo casa.

—¿No hay ningún rincón en el mundo que te llame?

—Ninguno.

—Espera... yo tengo mas memoria que tú, y recuerdo en este momento que en Bilbao, aquella noche tan negra y tan fria, te abrieron dos ventanas en el pecho para que respiraras con mas libertad. ¿Te acuerdas, Juan? Tuibas á paso de ataque; yo te recogí, te di aguardiente, apreté tus heridas, y te abrigué en el vientre de un caballo moribundo. Juan, te morías á chorros, y roncabas y gemias de una manera que parecia que estabas en conversacion con todos los demonios. Yo te encomendé el alma con tres maldiciones, y tú retorciéndote como una culebra nombraste á una mujer.

—¿A Cecilia!

—Ni mas ni menos. Esta es la segunda vez que te la oigo nombrar.

Juan Perez se sonrió y suspiró al mismo tiempo.

(Continuará.)

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

CAPITULO II.

LA MESA Y LA SOBRE MESA.

En un vasto salon decorado como las habitaciones de Versalles, dorado de arriba abajo y lleno de retratos que esclarecian solemnemente ciertas bujías, hay una larga mesa á cuyo alrededor estan sentados cuarenta convidados, los mas nobles cazadores que han seguido al rey en su escursión. Todos son jóvenes y en sus ojos azules que revelan su origen septentrional brillan el valor, la resolucion, la firmeza, la audacia y el amor desenfrenado de los placeres violentos. Trages de gamuza elegantemente bordados, diseñan sus formas vigorosas y ágiles, y sus piernas encerradas en sus oscuros pantalones, se pierden en el fondo de sus botas de montar. Ninguna de las penas de la vida ha dejado aun su huella en sus frentes blancas sombreadas por cabelleras rabias y apenas algunos de ellos pueden mostrar con orgullo en sus labios frescos y rosados la dorada sombra de un bigote. Por detrás de sus sillones circulan criados en gran librea, embarazados por sus adornos prodigados sin gusto, imitacion exagerada de lujo francés.

Hace ya muchas horas que dura la cena, y la conversacion comenzada sigue en estos términos.

—Antes de ayer cazamos zorras y Carlos cazó tres.

—Es cierto Reuschil, y bebo á vuestra salud vino de Borgoña rogando á estos señores que me imiten.

—Cuarenta copas de plata se llenaron en un momento por la manos de los criados, y se vaciaron de un solo trago por la de los dueños.

—Ayer dijo otra voz cazamos el lobo y Carlos mató diez.

—Tambien es verdad Lieven, y brindo á vuestra salud con este moscatel que llega del país del sol, que viene del medio dia de Francia. Que mis compañeros correspondan á mis brindis con este gentil vino. El dorado mosto cayó chispeando en las copas que acababan de ser llenas de vino de Borgoña.

—Repítemos! exclamó Cárlos.

—Repítemos!

Los criados que sabían lo que esto quería decir, llenaron tres veces las copas de moscatel.

—Hoy, dijo una nueva voz tan jóven como las dos primeras, pero también tan calurosa, hemos cazado osos, y Cárlos ha muerto uno que era enorme, el mas monstruoso quizá que se haya visto en Suecia. Yo bebo á la salud de Cárlos!

—A Cárlos!

—A Cárlos!

—Repítemos señores.

Y tres veces las copas se llenaron de aguardiente de Holanda y se vaciaron por los cuarenta cazadores.

Uno solo sin embargo, tenía aun su primer vaso de vino delante de sí, y esto parecia tanto mas extraño cuanto que su copa tallada en forma de torre era dos veces mas grande que las de sus compañeros: era Reginold, el amante de la condesa de Königsmarck. Su vestido enteramente negro de mangas anchas, cuyas estremidades dejaban ver sus manos que eran muy bellas, estrecho de talle y mas largo que el de sus compañeros, anunciaba una dignidad que no era ni militar ni civil, por lo demás tenía como los otros botas, espuelas y una pequeña perilla rubia. Era severo y bello y de una calma tal en sus facciones, que acababa de probar que no se dedicaba al ejercicio de las armas á pesar de la analogía que había entre sus compañeros y él.

Su sobriedad, desusada sin duda, á juzgar por la copa monumental que tenía delante, le atrajo estas inculpaciones de muchos puntos de la mesa.

—Reginold no bebe, es un traidor!

—Reginold no bebe, es un loco.

—Reginold no bebe, es...

—Quién ha sospechado siquiera que Reginold no bebia? preguntó con tono de incredulidad el rey.

—Ved si hemos mentido, replicó uno de los jóvenes vaciando de un solo trago la copa de Reginold.

—Es pues cierto, dijo Cárlos, que mi favorito nos juega hoy la mala partida de no beber, y me hace personalmente esa afrenta?

El jóven vestido de negro y de facciones tan dulces y tan fieras á la vez, era como hemos dicho el mejor amigo del rey de Suecia que acababa de hablarle con una especie de autoridad templada por una profunda afeccion. El rey añadió:

—Qué tiene, pues, mi Reginold?

Reginold sonrió gravemente, y respondió:

—Majestad, tengo mis razones.

—Aquí no hay majestad ni razon para no beber. Por lo tanto beberás.

Reginold hizo entonces como que bebia, pero en realidad no hizo mas que llevar á los labios la copa que un oficioso criado había llenado de nuevo de aguardiente de Holanda.

Alzóse una protesta general.

—No ha bebido!

—Se burla de nosotros!

El rey añadió:

—Qué! Reginold, tú, el solo que me iguala en las fatigas de la caza; tú que velas como yo cuatro noches enteras sin cerrar los párpados; tú me abandonas hoy? Por mis abuelos, cuyos retratos nos rodean, que vas á beber con nosotros hasta la última gota de ese aguardiente.

—Dios mío! que feos son vuestros abuelos, dijo Reuschild señalando con la punta de un cuchillo, uno de los retratos colgados en las paredes. Este tiene el aire de un verdadero diablo coronado.

—Es el padre de mi abuelo, que enseñó sus cuernos á los noruegos.

—Este otro tiene facha de lobo.

—Es su hermano. Ese lobo ha comido mas de un perro danés.

—Este otro, exclamó un tercero, parece un oso.

—Es mi abuelo. Los rusos no lograron nunca su piel.

—Este otro...

Cárlos interrumpió esta aduladora enumeracion de sus antepasados, para decir alzando su copa, movimiento que imitaron sus compañeros, y bien, por la sombra de todos esos reyes de Suecia, que bebían bien aunque tan feos os parecen, ordeno á Reginold que haga lo que nosotros.

Todas las copas se vaciaron en un instante, excepto la de Reginold. Habiéndose apercibido de este acto de desobediencia, Cárlos XII lanzó con fuerza su vaso contra la pared, aplastándole como una bala y exclamando:

—¿Qué quiere decir eso?

Todos los cazadores tan enojados como el rey, miraban con la ira de la embriaguez al intrépido y rebelde Reginold que dijo con tranquilidad.

—Señor, detrás de los retratos de vuestros abuelos hay una pared.

—Quién lo duda? Vas á hacer como el soñador?

—Detrás de esa pared hay otra sala.

—Conozco mi palacio, á Dios gracias.

—Vamos es la repetición de la escena de la caza.

—En esa sala se encuentran gentes que oyen, añadió Reginold.

—Qué nos importa? Esclamó Cárlos impacientado, si escuchan que oigan! Qué quieres decir, en fin, Reginold? Habla!

—Que hubiérais hecho mejor en absteneros como yo esta noche, que en hacermos beber como vos.

—Bebe!

—Obedezco, señor.

Reginold, sin perder su calma, bebió todo el aguardiente que contenía su copa, después de murmurar con respeto. A vuestra salud.

Eso está bien, así quiero verte, así es como yo te amo, dijo Cárlos tendiendo la mano á su confidente de un extremo á otro de la mesa.

Tanto como frio era el aire exterior en aquel momento (era diciembre), tanto el aire interior era caliente y ahogaba por la multitud de personas reunidas en la misma sala por la prodigalidad de las bugias



(El duque de Choiseul.)

encendidas, y sobre todo por la inagotable variedad de los vinos y licores de toda especie, repartidos en copas inflamadas.

—Que cada uno, dijo Cárlos XII, que ya no pensaba mas que sus compañeros en las palabras casi proféticas de Reginold, que cada uno segun nuestra invariable costumbre, cuente una historia que tenga que ver con el juego, el vino ó las mujeres.

—Nada mas que eso? dijo una voz.

—Apuesto á que es el capitán Megret el que acaba de hablar.

—Sí, es el francés.

Se oyó otra voz que decia.

—Oh francés! amable francés! francés demasiado amable!

—Yo no me oculto, respondió Megret.

—Y bien, tú eres quien nos contará una historia de juego.

—Nada mas que una?

—Viva el parisiense!

—En tanto que Olof, y le concedo un gran honor, nos cuenta puesto en un pie, una historia que tenga relacion con el vino.

—Nada mas que en un pié? preguntó Olof levantándose y pudiéndose apenas sostener sobre los dos.

—Nada más que en un plé, repitió con tono severo el rey de Suecia.
—Tanto valdría decir sobre ninguno, añadió el capitán Megret mirando con aire de compasión á Olof que trataba en vano de ponerse en equilibrio.

—Veamos tu historia, dijo impetuosamente Carlos XII, dando en la mesa un golpe con el puño cerrado.

Olof, verdadero gigante por la estatura y la fuerza, llevaba la cabeza á sus camaradas, y como todos los gigantes tenía en su fisonomía una expresión de angélica benignidad. Hubiera deshecho á su mejor amigo sin alterarse. Sus largas manos hubieran podido servir de asiento á dos hombres.

Limpio su frente del sudor que le costaba el trabajo que hacía, y dijo balanceándose:

—Había una vez una botella de rom que contenía ciento cincuenta...

—Una fulminante carcajada acogió esta salida del pobre Olof, que creía haber entrado en materia muy seriamente; por lo demás, caído sobre el capitán Megret que le replicó, fué á dar sobre Reuchild que le arrojó á su vez sobre Megret.

Repuesto después de inauditos esfuerzos, en equilibrio sobre su pierna prosiguió:

—Había una vez una botella de rom que contenía ciento cincuenta...

—¡Ah, eso es demasiado!

—¡Ved cómo vuelve á empezar!

—¡Vamos! eso es imposible!

—Se burla de nosotros.

—¿Te burlas verdaderamente de nosotros pretendiendo que tu botella contiene ciento cincuenta?

—Abajo, Olof.

—¡Silencio! que siga!

—¡No!

—¡Nosotros queremos!

—¡Nosotros no!

—Señores, dijo sobreponiéndose al tumulto el capitán Megret, nuestro camarada Olof consiente en hacer algunas concesiones... su botella no contenía mas que ciento...

Pero los cuchillos de caza habían sido ya sacados. El bravo Olof, á quien esta hostil y sangrienta diversion agradaba mucho, cogió también su cuchillo de caza, y apoderándose desembarazadamente de la cabeza de Megret, se disponía á quitársela como un adorno inútil, diciendo:

—¡Ah! ¿con que mi botella no contiene mas que ciento?... francés, amable francés, francés demasiado amable...

—Me va á degollar! exclamó Megret.

—Su corbata me estorba, gritó Olof buscando el cuello del capitán.

—¡Favor!

Ya era tiempo de detener al buen Olof en la ejecución de su proyecto. El rey hizo una bola de miga de pan y la arrojó al gigante, á quien dió en el ojo derecho.

—¡Basta! añadió, basta!

A esta voz, cuya autoridad no se desconocía ni aun en medio de los mayores escosos, Olof, á pesar de su salvaje embriaguez, se volvió á sentar tan apaciblemente como si hubiera renunciado á cortar una rebanada de jamón.

Cuando todos los cuchillos hubieron vuelto á sus bainas, Carlos XII, cuyos ojos chispearban con luz sombría, carácter particular de su real intemperancia, dijo con voz nerviosa:—Megret, á ti te toca; esperamos tu historia.

El aventurero francés empezó así:

—Había una vez en París, en la corte de Luis XIV, de donde vengo, un ingeniero francés que perdió al juego cuanto tenía, sus capitales, sus rentas, su cabeza y no pudo salvar mas que su peluca.

—¿Cómo su peluca?... ¡Salvó su peluca habiendo perdido la cabeza! francés, tu chiste...

—Toma por tu chiste, dijo un convidado colocado á la estremidad de la mesa enviando una botella de Champaña á la cabeza de Megret. Dichosamente este la cogió al vuelo y la ofreció á Olof que la bebió de un trago; apenas se notó este incidente.

—¡Si señores, perdió su cabeza y salvó su peluca, os lo aseguro.

—¿Con qué?

—Con mi cabeza que he perdido y mi peluca que he conservado. Esta historia es la mía, este aventurero soy yo.

Empezó á escuchar con mas atención. Desgraciadamente se jugaba al ecarté.

—¡Un juego encantador! exclamó uno.

—Un juego sublime.

—¡Cartas!

—¡Cartas!

El narrador, que no tenía la cabeza muy segura, fué detenido súbitamente por esta tempestad de gritos:—Cartas! cartas cartas!

Trajéronse las cartas y se comenzó á jugar.

—Prosigue, dijo el rey poniendo una de sus piernas sobre la mesa.

Y todos bebían, gritaban, juraban, jugaban y escuchaban á la vez.

Megret prosiguió:

—Yo jugaba aquella noche con un barón danés.

—¡Perros daneses!

—¡Muerte á los daneses!

—¡Paz! exclamó Carlos XII dando con su bota tan fuerte golpe en la mesa, que una botella de Tokai cayó rodando hacia Olof que la cogió, la destapó y la bebió con la misma serenidad con que había bebido la de Champaña.—Prosigue Megret: ¿cómo se llama tu barón?

—Sandel; como os he dicho, me ganaba sucesivamente cuanto poseía; el dinero que tenía en el bolsillo, el que tenía depositado, mis dominios, y lo que es mas espantoso, no podía encolerizarme con mi adversario que jugaba con perfecta lealtad. Hubiera querido que hiciera trampas para tener un pretexto para ultrajarle, para arrojarle las cartas á la cara. ¡Oh felicidad! En aquel momento noté que tenía un rostro muy feo y una nariz singular, enorme; me consolé porque encontraba un magnífico pretexto.—Baron, le dije, ¡qué nariz teneis! Eso es lo que os dá la fortuna... ¿Tenía vuestro padre otra parecida? Y él respondió friamente:—Capitán, os gano mil luises.—Pero qué innoble nariz enseñáis á las gentes, barón! y vuelve á replicar:—Os gano otros mil luises, capitán. La cólera me ahogaba; esa sangre fría me desolaba.—Baron, exclamé, yo tendré vuestra nariz.—No la tendreis.—La tendré.—Y bien, yo tendré vuestra peluca que es la mas tonta, la mas charra, la mas ridícula peluca que he visto; pero pagad otros mil luises que acabais de perder, capitán Megret.—Ya veis que el barón no carecía de valor.

Cuando me hubo arruinado hasta el último Luis me dijo: ¿queréis que ahora hablemos un poco de mis narices? Esta ironía me hizo el efecto de un bofetón, y al momento con una impertinencia de las mas cómicas cogí su nariz que empecé á apretar; él de un revés hizo saltar mi peluca. Ya preveía las consecuencias. Fuimos al campo al momento; empezaba á amanecer. El barón era un buen tirador, me arrojó un terrible golpe al pecho, le pafó y antes que él cobre la guardia le paso de parte á parte. Cayó muerto. Yo no salía mejor librado, á decir verdad, porque el duelo se castigaba entonces con pena de muerte y no se perdonaba á nadie. Apenas tuve el tiempo necesario para ganar la Lorena donde un pariente me prestó mil luises para seguir mi viaje. Llegado á Alemania me embarqué en Hamburgo para Stokolmo, adonde doy gracias á Dios de haberme traído, pues encuentro un rey que me acoge tan bien...

El rey roncaba.

—Pero no habeis tenido su nariz, dijo Olof, no la habeis tenido, francés amable.

Olof despertó ecos burlones que repitieron.

—¡No habeis tenido su nariz!

—No ha tenido su nariz.

—No ha tenido la nariz del barón Sandel.

—¿Debia cortársela?

—¡Sí!

—¡Vaya!

—Os ha ganado vuestro dinero como habeis confesado y no habeis tenido su nariz. No habeis sostenido vuestra fanfarronada.

—Le he muerto.

—No habeis tenido su nariz.

—No ha tenido su nariz.

—¡Vive Dios! exclamó Megret subiendo sobre la mesa y poniendo su peluca en la punta de su espada; si no he tenido su nariz tampoco él ha tenido mi peluca y nadie la tendrá; os desafío á todos á conseguirla.

Olof trató de levantarse y ensayar.

Pero esta vez Megret al abrigo de toda sorpresa, puso su pierna en la espalda del gigante y le empujó y le dejó caer cual largo era. Todos empezaron á reír y aplaudir, lo cual despertó al rey que dijo, como si no hubiera tenido lugar la historia que él no había oído.

—Apuesto cien luises por Reginold.

—Pero, le dijeron Reginold no juega, piensa, medita.

—Es posible? Mi fiel Reginold no tiene cartas?

—No señor.

—Que haces, pues, Reginold? qué tienes? Yo no te reconozco. Si no has traído dinero hé aquí mi bolsa, toma.

Y Carlos XII envió una bolsa llena de oro á Reginold que no la tocó; todos los cortesanos se sorprendieron de esta conducta del favorito que había ya antes faltado al orden ó mas bien al desorden de la sociedad negándose á beber y que llevaba al colmo su audacia, negándose á jugar sobre todo después de la indicación del príncipe.

Carlos XII, para quien todo era en el festín, un motivo de cólera y arrebató, puso la otra pierna sobre la mesa y arrellanado en su sillón, giró en torno los ojos centelleantes exclamando:

—Reginold, dime la causa de tu tristeza ó te destierro esta misma noche al fondo de la Noruega.

—Esta noche, contestó Reginold, se podrán ver cosas mas sorprendentes que mi destierro.

—Y que sucederá esta noche?

—El Báltico se tragará á Stokolmo?

Las preguntas irónicas se mezclaban con los gritos de los jugadores, los brindis y los reproches que Carlos hacia á su favorito.

—Sucedará, dijo Reginold, que podré no ir yo solo al destierro de la Noruega.

—Qué dice?

—Hé dicho.

—¿Quién mas que yo, dijo el rey, se atrevería á desterrar. Mi buen Reginold, creo que pierdes la razon á medida que los otros beben.

—Es posible.

—Yo solo te ordeno que juegues conmigo. Cartas á Reginold.

Reginold inclinó la cabeza en muestra de obediencia, y tomó de manos de un criado las cartas necesarias para el juego que el rey le proponía.

Sin moverse de su postura, Carlos arrojaba las cartas por encima de la mesa con los ojos medio cerrados.

—Antes de media noche, murmuró, deseo que Reuschild nos cuente la historia amorosa con que ha prometido regalarnos.

—Con mucho gusto señor, voy á pagar mi escote.

—Señores, un poco de silencio.

Reuschild comenzó.

—Un viajero, dijo á otro á quien se adelantaba. En todas las casas de Stokolmo en que encuentre una mujer ligera; pondré una cruz blanca.

—Encantador! interrumpió Megret, una historia galante de Paris no comenzaría de otro modo.

Reuschild continuó.

—El otro viajero llegó á su vez á Stokolmo, pero apenas entró en la ciudad huyó con terror.

—Con terror ¿Por qué?

—Si, por qué? Preguntaron todos.

—Porque tomó la ciudad por un cementerio no viendo en ella mas que cruces.

Rióse mucho de esta respuesta, pero con amargura y cólera.

—Vuestro pintor de cruces blancas ¿no hizo ninguna escepcion? preguntó el hijo de un consejero que pensaba casarse con una viuda.

—Perdonad, respondió friamente Reuschild, hizo una, sola una, la del palacio real á causa de la hermana de S. M.

—Hizo dos por lo menos, lo sostengo contra el impertinente que se atreve á decirlo contrario; exclamó Reginold, paseando miradas de furor en torno de la mesa.

—Quisiera creerlo, dijo Reuschild mas directamente aludido que los demás; pero en fin ¿quién es la dama que quereis exceptuar?

—Si; conozcamos su escepcion.

—Seríamos felices con saberla.

—Y no la olvidaremos nunca.

Reginold los miró á todos y respondió.

—Si no hizo esta segunda escepcion debió hacerla.

—¿Pero en fin por quién?

—Por el palacio de la condesa Aurora de Koenigsmarck.

Murmurlos de incredulidad brotaron por todos lados terminando en mofas mas ó menos ofensivas para la condesa y su oficioso caballero.

—¿Dios me condene! ¿estamos en Paris! exclamó Megret.

—¡Oh! La condesa de Koenigsmarck exclamaba otro cubriéndose el rostro con una servilleta.

—¡La condesa Aurora, señores, se llama Aurora!

—Es celestial como su nombre.

Reginold exclamó.

—¿No es, señores mofadores, la mas hermosa mujer de Europa?

—Sin duda, sin duda, respondieron todos.

Carlos XII guardaba silencio; pero un ramalazo rojo que se extendía por sus mejillas tan pálidas desde el principio de su embriaguez indicaba que no era tan indiferente á la conversacion como hubiera podido hacer creer su obstinado silencio.

—La mas hermosa mujer de Europa, dijo Megret para sí, después de su dama Georgina.

—¿No es la mejor dama de Alemania? volvió á preguntar Reginold?

—Ciertamente.

—Después de Georgina, repitió Megret.

—¿No pasa por la mujer mas amable que haya brillado en el Norte?

—Nadie dice lo contrario.

—Siempre después de Georgina.

—¿No se la considera como la mas ingeniosa de su sexo?

—Sí, y mil veces sí, pero...

—Siempre después de Georgina, continuó diciendo Megret.

—Pues entonces, añadió Reginold con extraña vehemencia; qué hay que decir contra ella, tan hermosa, tan ingeniosa, tan noble, tan pura?

Las risas burlonas resonaron de nuevo en los dorados ámbitos de la sala, en que acababa con la noche esta cena monstruosa.

—Mi pobre Reginold, le respondió el jóven dragon Milius, es noble, encantadora, é ingeniosa tu condesa; pero representa la pureza como representa su papel de política en la corte de Suecia.

Reginold apenas pudo contenerse oyendo esta acusacion y miró á Carlos XII que continuó obstinado en su silencio.

—Su exterior tan dulce, tan modesto, tan lleno de gracias, prosiguió Milius, es una comedia.

—Pruebas, exclamó Reginold fijando siempre los ojos en el rey, pruebas!

—Vedlas, pues. La condesa lo observa todo aqui, para contarle á las cortes extranjeras que no nos aman mucho, como sabeis. Nos espian por orden del rey de Dinamarca.

—Mentira! exclamó Reginold.

—Y del rey de Polonia, añadió Milius, de quien ha sido ó es la que rida.

—Defendeos, exclamó Reginold, defendeos! y se precipitó con la espada en la mano sobre el dragon que estaba armado ya.

Carlos XII hizo un movimiento que consistió en levantarse á medias sobre la mesa, en que habia acabado por acostarse, y dijo arrojando su servilleta entre los combatientes.

A la vaina los aceros! podría encerrarnos á ambos en un castillo por haber osado sacarlos en mi palacio.

—Es justo, dijo Reginold, sacando de su cinto un par de pistolas. Dió una al dragon y alejándose algunos pasos disparó la otra. La bala quemó un mechón de pelo á Milius...

Entonces el tumulto fué horrible... andábase sobre la mesa, cayeron los sillones; las botellas volaron rompiéndose con estrépito, las espadas brillaron...

—Señor, dijo al rey en voz baja un oficial, los consejeros de V. M. van á reunirse en el salon inmediato para conferenciar, segun dicen, sobre la medida que debe tomarse al momento.

—Que vengan.

—Pero señor... esta cena... este desórden...

—No importa. Señores, dijo el rey cogiendo el mantel y tirando de él con cuanto contenia, lámparas, platos y botellas, de modo que todo cayó estrepitosamente. Señores, mis consejeros reclaman esta habitacion. Dejádsele por algunas horas... os haré llamar cuando hayan salido. En cuanto á mí, les voy á presidir.

Carlos XII fué al momento obedecido: oficiales y cortesanos se retiraron á la sala inmediata, y el rey como acababa de anunciar, tomó de nuevo para presidir el consejo la postura que tenia algunos minutos antes. Se recordará que estaba acostado sobre la mesa.

El consejo fué introducido.

(Continuará.)

AL ALMA DE MI ALMA.

SERENATA.

NOTE.

Lirio fragante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Eden soñado de los placeres,
Divino arcángel de mi ventura:
¿Si oyes mi ruego
Por qué el sosiego
Robarme quierdes?

ESTROFA PRIMERA.

Me das la vida con tus amores,
Me das la muerte con tus desvíos,
Depon, hermosa, fieros rigores,
Dame tus brazos, toma los míos:
Si pude un tiempo causarte agravios,
No me castigues con tus enojos,
Deja que amante beba en tus ojos:
Sin tí la vida me da tormento,
Tú eres mi gloria, mi pensamiento:
La sola flor que creces
En mi camino:
La luz que resplandeces

En mi destino;
La estrella pura
Que Dios puso en el cielo
De mi ventura.
Tú prestas alas á mis deseos,
Continuamente tu imagen veo;
Tu vista calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA SEGUNDA.

Cuando á ti lleguen de mis pesares
Los tristes ecos en son de quejas;
Cuando yo turbe con mis cantares
Tu casto sueño, cubre tus rejas.
Si acaso llegan á tus oídos
Entre las notas del dulce canto,
Recuerdos gratos por ti queridos,
Y allá en tu lecho te arrancan llanto,
Vuelve á mis brazos, y arrepentida
De tus rigores dame la vida.
Que si conmigo dejas
De ser tirana,
Y sales á las rejas
De tu ventana,
Mi fé te jura
Ser girasol constante
De tu hermosura.

Cuando lucen serenos, libres de enojos,
Y me brinden placeres tus bellos ojos,
Su lubre calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA TERCERA.

De tus amores la oculta historia
Guardo en la mente como un tesoro;
Tiene un infierno, tiene una gloria,
Con ella canto con ella lloro:
Tras cada letra tu imagen veo
Que me sonríe... que me rechaza...
Que se armoniza con mi deseo...
Que luego, impía, me despedaza.
Ni sé si muero, ni sé si vivo,
Pero te adoro, soy tu cautivo.
Si tú hicieras pedazos

La dicha mía,
Yo al verte en otros brazos
Me moriría:
No haga la suerte
Que por dar á otro vida
Me des la muerte.
Si es ley forzosa de nuestro sino,
Que hemos de ir juntos por un camino,
Con tu amor calma mi pena impía,
Y así serás el alma
Del alma mía.

MOTE.

Lirio fragante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Eden soñado de los placeres,
Divino arcángel de mi ventura:
¿Si oyes mi ruego,
Por qué el sosiego
Robarme quieres?

JUAN DE LA ROSA.

Para el album de la emperatriz de los franceses.

SERENATA.

Del ámbar de sus labios
El aura llena,
Murmura en las campiñas
Que baña el Sena:
«Amor consiente,
Que la imperial corona
Brille en su frente.»
Y en tanto el Manzanares
En blando giro,
Al eco que se pierde
Como un suspiro;
Lento murmura:
«Antes fué aquí la reina
De la hermosura.»

JOSÉ DE SELGAS.

Madrid, 1853.

